

EDUCAR PARA EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO ES EDUCAR PARA LA AUTONOMÍA Y LA LIBERTAD

María Patricia Astaburuaga Valenzuela
maria.astaburuaga@umayor.cl

Uno de los primeros aprendizajes relevantes de todo educador es conocer las etapas del desarrollo evolutivo y las teorías asociadas a cómo aprenden los niños, esto, debido a que la ruta de aprendizajes que traza el docente en su análisis y planificación curricular para potenciar las capacidades de sus estudiantes debe ser coherente a estas características esenciales del ser humano, así como a su contexto general, intereses y habilidades específicas.

En los últimos 20 años, las neurociencias, con sus múltiples estudios sobre los diversos estímulos y las respuestas del cerebro a estos, sumado al conocimiento existente en pedagogía y psicología, han abierto nuevas perspectivas de análisis global que han resultado muy interesantes, esta trilogía, es la denominada neuroeducación, “que es considerada una nueva disciplina científica en formación”, Battro, Antonio M. (2011), “...y que representa la intersección de diversas especialidades relacionadas con la enseñanza y el aprendizaje”, le han permitido a los docentes agregar nuevos criterios y conceptos a las decisiones pedagógicas, por ejemplo, si bien el conocimiento de los hitos del desarrollo nos permiten verificar si un bebé avanza con normalidad en sus primeros 24 meses de vida, los nuevos estudios de neurociencias nos pueden señalar qué tipo de barreras o facilitadores permiten limitar o potenciar ese desarrollo respectivamente; además, permiten determinar qué tipos de estrategias son más adecuadas para lograr avances en aprendizajes determinados, o cómo potenciar

la concentración, levantar la motivación y con ello lograr una mejor disposición al aprendizaje. Esto es relevante ya que dinamiza el concepto de infancia y de desarrollo, otorga el necesario espacio al individuo singular, entrega fundamentos claros para liberar al niño de la predeterminación, y brinda al docente la urgencia de plantearse desde un enfoque educativo plenamente consistente con el enfoque de derechos, tanto en su planificación y evaluación, como en su gestión educativa individual y de equipo pedagógico, tipo de interacciones y trabajo con las familias.

Estos componentes, se unen a los hábitos pedagógicos, como el de la observación sensible de los niños y niñas, su cultura, sus procesos, decisiones, iniciativas, proyectos... observarlos con agudeza, activando la conexión hacia el cómo los niños realizan su exploración, cómo planifican y organizan sus juegos, cuándo y cómo solicitan ayuda, qué sentidos les dan a los objetos con que interactúan y a los espacios que habitan. La valoración y potenciación del juego, respetando y liberando los ritmos y necesidad de expresión de sí mismo de cada niño y niña, su potencial cultural, su lenguaje de interacción, “ver la trascendencia del juego como experiencia para ejercitar la libertad como condición vital de la existencia” Cortázar (2013) y Duvigrand (1980). La observación y registro de esta “cultura de la infancia” en palabras de Alfredo Hoyuelos (2015), incorpora al saber neuro didáctico elementos relevantes que complementan y enriquecen enormemente el quehacer estratégico del educador.

Además, todo este conocimiento analizado cuidadosamente, y concebido de manera integral y global, sumado a los hábitos docentes recién mencionados, permiten también conocer y comprender el desarrollo emocional de los niños y niñas, sus maneras de interactuar y sus motivos subyacentes; permiten al educador orientar sus estrategias hacia la formación integral, relevando la construcción del proceso identitario seguro y saludable, educar el respeto y la consideración de, para y por los otros en una etapa esencialmente egocéntrica, a través de ejercicios progresivos y sistemáticos de autorregulación, autoobservación y metacognición, que van formando la conciencia propia y de grupo, que más adelante será su conciencia social y cultural.

Durante el transcurso de la formación inicial docente, entonces, se hace muy necesario construir el plano estratégico en el futuro educador, de manera de integrar las comprensiones antes expuestas y sus fundamentos teóricos y pedagógicos con la solidez que exige la misión educadora a la luz de esta visión de complejidad de la educación infantil, en la que intervienen tantas variables relevantes que interactúan simultáneamente para configurar y definir los caminos estratégicos que representan las mejores oportunidades de aprendizaje y bienestar integral para los párvulos.

Así, el desarrollo del pensamiento estratégico del educador se capacita y orienta su gran misión de educar el pensamiento de sus niños y niñas, de manera asertiva, significativa y eficaz. Es decir, esta construcción es un proceso que implica y pone de manifiesto todas las capacidades, conocimientos, y comprensiones del docente, la madurez de los análisis que realiza sobre la realidad de sus estudiantes, de manera que no basta con conocer y saber mucho sobre psicología, neurociencias, pedagogía y educación emocional, estos saberes son un elemento base que deben ser analizados de manera globalizadora y a la luz de cada contexto; ni siquiera basta con manejar buenas, variadas y actualizadas estrategias para enseñar, sino que, el educador ha de trabajar sobre sus propias comprensiones para convertirse en un docente estratégico

(Monereo, C., 2009), situándose en la realidad concreta de sus estudiantes, comprendiendo sus individualidades, focalizando en el bien superior de los niños a cargo, haciéndose cargo de sus propias limitaciones y su “self docente” para re orientarse cada vez que sea necesario, con inteligencia pedagógica, solidez conceptual y la rigurosidad profesional de un verdadero líder educativo.

Toda esta preparación y todo este potencial concentrado se plasma en la misión formadora, en la cual uno de los principales desafíos pedagógicos es precisamente educar para aprender a aprender, es decir, “enseñar a pensar bien” en palabras de Beas, J. (2003), es decir, aprender a utilizar las capacidades de pensamiento crítico, mediante el cuestionamiento y la reflexión propia y de grupo, y del pensamiento creativo, a través de la expresión genuina y libre de sí mismo, utilizando los diversos lenguajes y formas de hacerlo con libertad y autenticidad, logrando que el párvulo vaya haciendo consciencia de ello en sus procesos a través de la metacognición. Hoy existen variadas corrientes y enfoques pedagógicos que ilustran interesantes técnicas y procedimientos para ayudar a los niños desde temprana edad a aprender a aprender mediante la metacognición, una de ellas, cada vez mejor valorada en las escuelas de párvulos es la documentación pedagógica, creada por Malaguzzi en sus centros educativos en Reggio Emilia.

Por tanto, el pensamiento de buena calidad (Josefina Beas, 2003), se educa, se fomenta, y es imperativo hacerlo para construir la sociedad humanamente realizada que anhelamos, y ello es posible favoreciendo una cultura del pensamiento en el aula, en la que intervienen la sensibilidad, las habilidades y las motivaciones de cada uno de los párvulos, junto a la capacidad de su maestra/o para guiar ese autoconocimiento. Este autoconocimiento de cada niño y cada niña es un aprendizaje trascendente, ya que es la plataforma desde la cual cada ser humano proyecta y potencia sus habilidades, intereses y características particulares, es la llave de la propia realización. El ser humano que desarrolla un proceso de autoconocimiento certero, aunque paulatino y progresivo desde temprana edad, tiene a su

alcance herramientas de autogestión, ya que en realidad esto significa que, a lo largo de sus experiencias de vida, ha ido trabajando, aprendiendo y desaprendiendo diversas estrategias para abordar sus desafíos, ha ido desarrollando su pensamiento estratégico, dotándolo de múltiples posibilidades de auto educar su autonomía personal, de autorregularse y experimentar aprendizajes que le motivan, y experimentar la motivación necesaria para aprender mejor.

Cada niño y cada niña, en su exploración cotidiana del mundo que lo rodea, formula una inmensa cantidad de cuestionamientos, interrogando su entorno con su curiosidad ilimitada; asimismo, va encontrando las respuestas que necesita, en ocasiones requiere de la mediación del adulto, pero la mayoría de las veces lo hace creando y aplicando sus propias estrategias, y modificándolas según sus propios criterios para la consecución de sus propósitos; esto es trascendente, pues, citando a Riera, M. (2015) “el cambio de las estrategias es la esencia de la resolución de problemas”, es decir, mediante estos ejercicios cognitivos y procedimentales va configurando su razonamiento lógico, científico, su inteligencia práctica y su capacidad analítica. El individuo, construye y deconstruye la realidad en el momento en que explora su entorno y se lo explica en su mente, al relacionarlo con sus experiencias y conocimientos previos, en esos momentos, en los que, además, experimenta un estado de *mindfulness* o atención plena, disfrutando de su juego de exploración y descubrimiento, prueba diversos caminos haciendo uso de su pensamiento lateral, comprende la conexión entre una acción y su consecuencia dando origen a la comprensión sistémica de la realidad.

La educación hoy en día, en muchos contextos aún está muy alejada de estas concepciones, en muchos casos aún se sitúa en la lógica de la enseñanza de contenidos considerados relevantes, y del protagonismo del docente, quien además, debe saber mucho sobre la materia que enseña...pero no se considera siquiera qué y cómo procesa cada estudiante esos saberes, cuales son los sentidos que él o ella construyeron en su mente y qué impacto tendrá aquello en sus vidas,

no se cuestionan si ese contenido aportó en alguna medida a potenciar el pensamiento y la autonomía de aprendizaje de ese estudiante, o tal vez, si a través de uno u otro tipo de estrategia, se produciría una comprensión más o menos profunda, o se trabajaría alguna habilidad cognitiva que favorezca otros aprendizajes en esos estudiantes. Esta es una barrera actual para mejorar la calidad de la educación, por ello es tan relevante formar educadores que sean capaces de integrar los nuevos conocimientos a una mirada pedagógica que ponga verdaderamente al educando al centro de toda su gestión educativa y la de su equipo de aula.

La educación inicial, es particularmente sensible a este desafío de educar para el desarrollo del pensamiento, ya que, como sabemos, es una etapa especialmente significativa en plasticidad neuronal, y en potenciación y desarrollo de capacidades generales. Por esta razón, en la formación inicial de educadores, esta problemática, vista y desarrollada de manera integral, ha sido, en nuestra escuela un desafío desde el inicio de la formación en nuestra carrera; las estudiantes, a la luz de los saberes conceptuales de base, diseñan y producen estrategias que favorecen el pensamiento estratégico en los niños y niñas, considerando sus características, así como las orientaciones estratégicas para fortalecer diversos tipos de pensamiento en los niños y niñas. También se ha hecho conciencia de que la educación inicial debe reorientarse, es decir, también se ha visto influida por la escolarización contenidista, señalando “lo” que deben enseñar, dejando a un lado el “cómo” y sobre todo el “para qué”, entre otras barreras que aun persisten en muchos establecimientos que imparten educación parvularia.

La educación inicial ha de retomar su esencia y guiar su formación docente hacia el fortalecimiento profesional, de manera de dotar a las educadoras en formación, en primer lugar, para llevar a cabo una propuesta pedagógica pertinente y coherente con las necesidades de los niños y niñas de crecer y desarrollarse en plenitud, valorando su potencial cultural, su diversidad, y su singularidad, como se detalló en las primeras páginas de este documento. Además, nuestras educadoras en formación

han de convertirse en líderes, capaces de guiar la reflexión pedagógica de sus equipos de aula, trabajando la corresponsabilidad que les compete, confrontando miradas y creciendo en conjunto, dando énfasis al componente ético del rol docente, tomando las palabras de Malaguzzi, citado por Hoyuelos, (2006) "educar significa confrontar y discutir públicamente interpretaciones posibles sobre la manera de hacer educación" y con ello, trascender más allá de sí, para la proliferación de sus prácticas estratégicas, orientadas a la potenciación y desarrollo del pensamiento para la autonomía y la libertad de los niños y niñas.

Ahora bien, hoy en día, educar para el desarrollo del pensamiento conlleva otros componentes, que a la luz del cambio de paradigma social que vivimos, destacan como valores propios de la sociedad que deseamos formar. Veamos, el juego que crean y recrean los niños, desde sus primeros meses de vida, va tomando elementos culturales, es así como por ejemplo en nuestra historia existen y han existido juegos de niños y juegos de niñas, situación altamente cuestionada hoy, ya sabemos que uno de los desafíos actuales es avanzar hacia una educación no sexista, que respete la identidad personal en toda su amplitud; también, la mayoría de los juegos de mesa, o deportivos contienen un alto contenido competitivo, es decir, siempre ha de haber un ganador y uno o más de un perdedor. Este aspecto de los juegos que promovemos, también forman el pensamiento, y lo hacen en esa dirección, valorando una mentalidad competitiva, una mirada segregada de la realidad y discriminatoria... ¿cómo no nos dimos cuenta antes?, cuando lo maravilloso de jugar es el placer que ello produce, la fascinación de estar en un mundo propio, desarrollando roles y acciones motivantes, interesantes, desafiantes, y colaborativos!

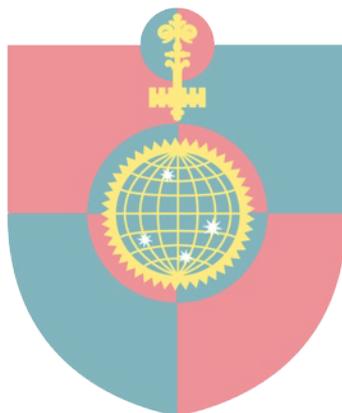
En este contexto, la evaluación final de las estudiantes de la asignatura de pensamiento estratégico en educación, en nuestra carrera, ha sido, en los últimos 3 años la creación de un juego que favorezca el desarrollo del pensamiento, integrando al menos 3 tipos de ellos, por ejemplo, el pensamiento asociativo, lateral y crítico, y que cuente con el requisito de ser un juego colaborativo para cumplir un

propósito común. La experiencia de diseñar estos juegos ha implicado un cambio de mentalidad, y una resignificación del sentido del juego para la formación personal y social de párvulos, su pensamiento crítico y su proceso metacognitivo. Nos dimos cuenta de que es más simple de lo que imaginamos, el juego resulta interesante en tanto proporciona herramientas que fortalecen el sentido de equipo, la colaboración, releva las capacidades de uno y otro integrante del equipo de manera de complementarse en el logro de un propósito común, desarrolla el pensamiento lateral, creativo, crítico y metacognitivo, tanto en el plano personal como de grupo, favorece el pensamiento estratégico de manera eficaz, ya que las estrategias propuestas y las emergentes aportan al desarrollo de la capacidad de resolver problemas, y por tanto otorgan autonomía en la toma de decisiones y favorecen la autorregulación en el uso de la libertad con una finalidad que beneficia a todos los participantes.

Entonces, educar para el desarrollo del pensamiento es una misión esencial de todo educador, constituye una tarea potenciadora y generadora de vida y aprendizajes significativos, considerando las oportunidades y caminos trazados en diversas direcciones para las generaciones de niños y niñas que llegan al aula infantil; el enfoque pedagógico de nuestro Currículo vigente orienta esta mentalidad, asimismo el marco legal que nutre las políticas educativas más recientes. No obstante, al tratarse de un desafío de alta complejidad para los educadores, será preciso revisar una y otra vez cada decisión pedagógica, su coherencia, pertinencia y relevancia; mirar y remirar los fundamentos epistemológicos de lo que hacemos y para qué lo hacemos, desapegarnos de nuestras construcciones profesionales históricas, la educación es una cadena dinámica de procesos que evolucionan con la especie humana, y ello hace que cada día tantos educadores nos volvamos a enamorar de esta maravillosa misión de vida que es educar.

La consigna es educar para el desarrollo del pensamiento, ya que constituye una realización trascendente, consiste en hacer posible una infancia plena, feliz, potenciadora

de autonomía y libertad en las mentes y experiencias para la mejora de la calidad de vida de los niños y niñas.



Referencias

Lipina, S, Sigman M, 2011, La Pizarra de Babel, Puentes entre la neurociencia, psicología y educación, Libros del Zorzal, Buenos Aires, Argentina.

Hoyuelos A., Riera M., 2015, Complejidad y relaciones en educación infantil, Octaedro, Barcelona, España.

Beas, J., 2003, Enseñar a pensar para aprender mejor, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

Hoyuelos, A., 2006, La estética en el pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi, Octaedro, Barcelona, España.

Monereo, C., Bilbao, G., et all 2009, Ser un docente estratégico, cuando cambiar la estrategia no basta, Universidad Autónoma de Barcelona, España.

Beas, J., 1994, ¿qué es el pensamiento de Buena Calidad?, Revista Pensamiento Educativo, Universidad Católica de Chile.

